

# Cómo hacer periodismo en medio del conflicto armado: cuando las víctimas son visibles

>> **Por Hollman Morris**  
Director del Canal Capital

Cuando el Rector de la Universidad Autónoma inició su intervención, yo tenía programada una charla con ustedes; pero al escucharlo, he optado por hablarles de la experiencia del conflicto, desde el corazón. Ramsés inició su participación en este evento hablando de cómo la Universidad Autónoma del Caribe se involucraba con las víctimas, reconociendo de alguna forma lo que ha venido sucediendo en el país.

Afortunadamente, y de una vez por todas, después de tantos años de barbarie, donde ni los abuelos, ni los padres, ni nuestros hijos conocen un solo día de paz en este país y después de una vorágine de barbarie, este país coloca, por primera vez en la agenda política y social, a sus víctimas; por eso, aplaudo la iniciativa de Ramsés de iniciar la disertación en la mañana de hoy diciendo que la academia tiene que enaltecer la voz de las víctimas. Más aún cuando hace un mes se lanzó el informe "Basta ya" de la Comisión de Memoria Histórica, dirigida por el profesor Gonzalo Sánchez, que recoge la historia del conflicto llevado a cabo en este país desde 1958 hasta 2012.

Quiero aprovechar para invitarlos a que consulten este informe, el cual relata la crudeza de la barbarie. También muestra a la sociedad colombiana, a los medios de comunicación, a los periodistas y a los futuros comunicadores, cómo este país hace tiempo le dio la es-



palda a sus víctimas. Y cuando ese informe dice eso, nos tenemos que preguntar: ¿dónde estaba el periodismo, si la sociedad colombiana nos estaba diciendo que le dimos la espalda a las víctimas? ¿Dónde estaban los medios de comunicación? ¿Dónde estaba la televisión? ¿Dónde estaba la radio relatando y reportando el conflicto armado que vive Colombia?; pero, no sólo desde las cifras o a través de la mirada de los victoriosos sino con relatos muchos más profundos que deberían impactar el corazón de nuestra sociedad. Cuando impactas el corazón, impactas la memoria y al ocurrir esto, una nación hace conciencia de lo que está pasando en su destino.

## II

Hace 25 años yo estaba a punto de graduarme en el Colegio San José de esta ciudad y, justo, se cometía la peor masacre de la histo-

ria reciente de este país. Les estoy hablando de la masacre de Segovia (Antioquia). Un 11 de noviembre de 1998, a las 4:00 de la tarde, entraba un comando paramilitar denominado "Los magníficos". Desde esa hora hasta las 6:00 de la tarde, en pleno centro de Segovia, asesinaron a 46 humildes campesinos. No era de noche ni de madrugada sino las 4:00 de la tarde. Calculo que para la época, en ese pueblo, minero por tradición, habitaban cien mil personas.

A mi juicio, ha sido una de las peores masacres cometidas en el país, sobre todo por sus características: cuatro de la tarde, plena luz del día, una estación de policía en el centro del pueblo, un batallón a la entrada y a la salida, en fin... Hoy sabemos que el político de Antioquia, César Pérez García, fue condenado a 40 años de prisión por esta masacre, pues fue

uno de los determinadores intelectuales. El pecado de Segovia era haber votado y elegido a la Unión Patriótica como mayor fuerza política en ese pueblo. Horas después de la masacre, cuando la noticia ya le empezaba a dar la vuelta al mundo, en este país se llevaba a cabo, como todos los 11 de noviembre, el Reinado Nacional de Belleza.

En aquel entonces, no había celulares, boicotearon las comunicaciones; sin embargo, entre las seis y siete de la noche empiezan las primeras noticias en la radio: se habla de 10, luego 20, 30 y finalmente se confirman 46 los campesinos asesinados. Entonces, a las 11 de la noche, este país estaba coronando a la nueva soberana de la belleza: María Teresa Egurrola. A pesar de que la masacre ya era noticia mundial, el país, en esa hora de muerte, no fue capaz de hacer una pausa, y, los medios de comunicación no le dieron la relevancia que eso implicaba.

Este hecho se comete semanas después de que había ocurrido una serie de masacres: “El tomate”, “Tres esquinas”, “Honduras”, “Punta coquitos”, en el Urabá antioqueño; algunas cometidas por las Farc, otras cometidas por lo que en ese momento comenzaba a parecer el fenómeno de los paramilitares en Colombia. Segovia, sin lugar a dudas, estremece al país; pero la impunidad, el hecho de que este país no se hubiera detenido ese día, que los medios de comunicación no hubieran hecho un alto y dimensionado el dolor o lo que implicaba para esta nación esa masacre, fue sin lugar a dudas el acontecimiento que nos estaba avisando la borrasca de impunidad que empezaría a finales de los años 80 y que terminaría o que pretende terminar hasta hace unos meses.

Ese incidente marcó a muchos que en esos

años iniciaban la carrera de periodismo; y el hecho nos estaba diciendo que esos medios de comunicación o ese relato audiovisual que olvidaba y llevaba a la invisibilización de las víctimas, era el inicio de impunidad y no podía seguir en Colombia porque allí, de esa forma de invisibilidad, se empezaba a gestar la impunidad, la falta y negación de memoria, y en este caso, construida desde los más débiles, desde los campesinos, quienes han sido la mayor parte de las víctimas de este conflicto.

### III

Eso fue un primer hecho que nos decía que algo iba a empezar a andar mal; pero, dejó ese episodio para que ustedes lo analicen y entro a otro hecho interesante de la historia nacional que tiene que ver con la forma cómo hemos cubierto este conflicto, el cual vamos discutiendo a partir de estos años.

Era 1991, los candidatos de la Asamblea Nacional Constituyente fueron, por una parte, Álvaro Gómez Hurtado del partido Conservador tradicional; el señor Horacio Serpa del partido Liberal, otro partido tradicional; y en un tercer lugar, el ganador por votación, Antonio Navarro Wolf, que se había desmovilizado con la guerrilla del M-19 y creaban la Alianza democrática del M-19; este señor saca una de las mayores votaciones, lo que lo lleva a ser el presidente de la Asamblea Nacional Constituyente.

Empiezan los acuerdos para reinsertar y volver a la vida civil a más de cinco grupos insurgentes y, en esos acuerdos aparece un tema importante que después se concretaría. El M-19 dice que para hacer oposición real con derechos en Colombia se necesitaba acceso a los medios de comunicación y por primera vez, producto de la negociación, el M-19 consigue un espa-

cio en los noticieros de televisión de esa época, año 1991 a 1998

Se trataba de un contexto donde había solamente dos canales de televisión públicos: el Canal 7 y el Canal 9, que pertenecían al Estado y este concesionaba con diferentes empresas y les vendía algunos espacios. En ese momento en Colombia había doce noticieros de televisión, los cuales pertenecían a familias de ex presidentes. Un noticiero llamado Tv hoy, pertenecía a la casa Pastrana, de la familia de los ex presidentes de esa familia; la casa López Michelsen, también familia de presidentes, tenían a su cargo el noticiero de las 7; y por último, el noticiero Criptón, que pertenecía a la familia Turbay, también de otro ex presidente. Y así se dividían los noticieros y la información de este país.

La AM-19 dijo que para ser oposición real en Colombia necesitaban tener acceso a un noticiero que les permitiera leer un país diferente al que habían mostrado las clases políticas tradicionales en Colombia; de allí la importancia de tener media hora de televisión los fines de semana en un noticiero que permitía, quizá, una lectura más amplia, más democrática y que visibilizaba otros sectores de la sociedad que hasta esa época de la Constitución de 1991 no aparecían en la agenda informativa del país. Por ejemplo, los indígenas: hasta 1991 solamente aparecían en los titulares de prensa cuando eran asesinados y masacrados. A partir de 1991 se considera a los indígenas y se considera a esta nación pluricultural, pluriétnica, y se empieza a ver al movimiento indígena colombiano como un actor propositivo en la democracia de este país, y es entonces cuando empiezan a ser llamados como analistas y gestores de otras propuestas.

Entonces ese noticiero, “AM-PM”, logra romper, de alguna manera, el

monopolio informativo y la lectura de país que se venía haciendo.

Traigo este experimento a colación porque sencillamente lo que estamos viendo hace pocos días, cuando desde La Habana se firma el segundo acuerdo de la mesa de diálogo entre el Gobierno y la guerrilla, uno de los puntos es acceso a los medios de comunicación, el decir eso, sigue estando en la almendra de la calidad democrática que debe tener este país. Dicho esto de otra forma, a mayor cantidad de medios que respondan a diferentes visiones de este país, mayor será la democracia.

Por eso, cuando hoy celebramos los 80 años de El Herald, uno no puede dejar de sentirse contento. Cualquier desaparición de un medio de comunicación en democracias, que buscan afanosamente salir del conflicto social y armado, es una pérdida para la democracia; pero que un medio logre la pervivencia a través de las dificultades es una fortaleza de la democracia; ojalá hubiera más medios así en la Costa Caribe de Colombia.

Los hechos anteriormente mencionados ocurrieron en la década de 1991 a 1998. De esta manera, tenemos dos episodios: Segovia y la invisibilidad de las víctimas que se sigue produciendo; pero un hecho más para el fortalecimiento de la democracia y para la lectura de país y de conflicto que se necesita, es una amplitud importante de medios de comunicación que estén haciendo visiones de país desde diferentes puntos de vista.

#### IV

En la década de los 90, en el cubrimiento del conflicto social y político en Colombia, aparece un episodio: "El proceso 8.000", la infiltración de dineros del narcotráfico en la

campaña presidencial de Ernesto Samper, pero paralelamente a ese fenómeno, empieza a fortalecerse el proyecto paramilitar en Colombia y empezamos a conocer cómo se consolida ese proyecto en Córdoba y Urabá, específicamente. Y es aquí donde empiezan a producirse las primeras experiencias y lecciones claras donde el periodismo colombiano comienza a cuestionarse sus formas de cubrir el conflicto armado en Colombia.

Recuerden ustedes que entre 1994 y 1995 hubo una guerra cruel en el Urabá antioqueño entre las Autodefensas Unidas de Colombia, el paramilitarismo y la guerrilla de las Farc, donde cada semana había una masacre en esa zona del país.

El periódico de los antioqueños, El Colombiano, que cubría esa zona, empieza a reflexionar acerca de la importancia de abrirle las páginas del periódico a los actores armados de esa zona, para que en lugar de que se encuentren en el terreno a los tiros, se encuentren en la prensa con las ideas y, así, se pudiera discutir lo que estaba sucediendo en el conflicto del Urabá.

Es por eso que en el año de 1994 y 1995 El Colombiano crea la "Uni-

“

**La comunicación**  
es un bien público,  
no patrimonio económico ni  
menos moral de  
empresas particulares

”

dad de derechos humanos y paz"; esto, con el ánimo de que el conflicto en esa zona, más allá de cubrirlo de una manera episódica o desde las cifras de los muertos, se le diera el necesario contexto de análisis.

Sin embargo, eso que parece tan claro, a veces le cuesta mucho trabajo a un editor llevarlo a la práctica, ya que por lo general el análisis es lo que queda relegado porque no hay espacio en la página del diario o porque no alcanza el tiempo en el noticiero de televisión.

Quando el periódico decide tomar esta decisión, empiezan a llegar los análisis de los comandantes paramilitares, de los políticos de la región, y allí se empezó a tejer desde el periodismo un intento de descifrar y diagnosticar qué era lo que realmente sucedía en el país; porque la opción de simplemente limitarse a nombrar los muertos, a los boletines oficiales, no iba a contribuir a diagnosticar bien al enfermo sino a matarlo.

Y es que no podemos olvidar de que el periodismo, querámoslo o no, cumple una función pedagógica, en algún momento la cumple; y frente a la crueldad que estaba ocurriendo en ese momento en dicha región, y a las víctimas que se estaban produciendo en el Urabá, el periodismo y los jóvenes de ese momento dijeron que no podían quedarse relatando las cifras y los boletines oficiales sino que ellos tenían que dar más historias con texto y análisis. De esta manera empieza a surgir esta sesión que al final del día después de uno o dos años, termina creando varias iniciativas por la paz en esa zona.

Pero en los años noventa empezamos a darnos cuenta de que para cubrir el conflicto era un error nombrar al redactor que se encargaba de estas fuentes



o áreas, como redactor de orden público; muchos de nosotros nos opusimos a que se siguiera creando esta figura porque descubrimos que era un periodista que terminaba estrechamente ligado a una fuente del conflicto y redactaba exclusivamente mirando el conflicto desde un punto de vista oficial. De esa forma, durante muchos años, quedó de lado la lectura de las víctimas, de los científicos sociales, de los analistas y de las organizaciones no gubernamentales, porque se fue generando la costumbre de que solamente se podía cubrir el conflicto desde la fuente oficial y desde los boletines oficiales de prensa.

Por lo tanto, quedaba de lado completamente todo el relato de quienes habían sido las víctimas; quizá allí puede tener razón o debido a eso puede ser una de las causas que reporta el informe que mencioné anteriormente, "Basta ya": violencia en Colombia, por qué este país le dio la espalda a sus víctimas y por qué durante muchos años esas víctimas no aparecían. Eran sólo un número.

V

En esa misma década, nos dimos cuenta de algo que había que recorrer nuestro país porque Colombia necesita seguir construyéndose no solamente con los relatos de los centros de poder. Si es en el caso de la Costa Norte, desde los relatos de poder de Barranquilla; en el caso de todo el país, desde los relatos de poder de Bogotá; en el caso de Antioquia, desde Medellín.

Nos dimos cuenta en esa época de que el periodismo estaba anclado a las salas de redacción y no sabía, y había un conflicto por allá lejano que, repito, y seguiré reiterando, se traducía a través de los boletines de prensa.

“

**La comunicación es un bien público, no patrimonio económico ni menos moral de empresas particulares**

”

Hace poco me preguntaban cuál es una de las claves del cubrimiento del conflicto, yo les digo que es salir a recorrer el país; eso no es un descubrimiento, eso se sabe, pero algunas empresas de medios de comunicación lo olvidan o lo quieren olvidar.

Cuando empezamos a cubrir el conflicto, nos dimos cuenta de la magnitud de la situación que se estaba llevando a cabo en Colombia. Se trataba de una barbarie de la que todavía existen sectores en la sociedad colombiana que no la dimensionan. Seguramente, muchas personas que vienen y visitan lugares como Bogotá o Medellín, nunca la ven.

Pero las cifras son contundentes: 5 millones de desplazados internos. Desde el año 2000 ha venido aumentando esta cifra, según la Consultoría de Desplazamiento. Las Naciones Unidas dan una cifra inferior, algo así como 4 millones; pero, de todas maneras, este dato hace que Colombia hoy sea el segundo drama más grande del mundo. Ahora bien: existe otra cifra más aterradora o igual, se calcula que en Colombia se han llevado a cabo

50 mil desapariciones forzadas, en las últimas cuatro décadas.

Unos compañeros extranjeros me preguntaron cómo pasa todo esto en Colombia, un país de democracia. Sí, una sociedad de democracia con 50 desaparecidos, con el exterminio de un partido político, el exterminio de 2 mil sindicalistas y de los hombres y los humanistas más ilustres de las últimas dos décadas: Eduardo Umaña Mendoza y Jesús María Valle, entre otros defensores de los derechos humanos.

Lo más grave de todo es que los peores años de la barbarie, según el estudio de la revista Semana y de la corporación Nuevo Arco Iris, son entre el año 2000 y 2004. No estoy hablando de la violencia de los años 50.

Y todo esto no sucede en los centros de poder de donde constantemente buscan relatos o historias. Los hechos son cometidos en las regiones, en las comunidades indígenas, en las comunidades afro descendientes, en las fincas, en los ríos y valles apartados. Y esa barbarie, en las últimas dos décadas, se hizo invisible por completo en el país o se narró de una manera anecdótica, o desde el punto de vista de los victimarios, quienes alcanzaron un estatus de estrellas de Hollywood.

A finales de los años 90, varios periodistas nos rehusamos a seguir cubriendo el conflicto desde los boletines oficiales y decidimos salir a recorrer las regiones y entonces se generó una reflexión y aquí viene un tercer elemento: la necesidad y la urgencia de formar periodistas no solamente desde el oficio como tal sino también en derechos humanos y en derecho internacional humanitario. Eso sí y solo sí queríamos al final del día humanizar y lograr un relato diferente.



Dentro del marco de este contexto, se crea la Unidad de paz del periódico El Tiempo, El País y El espectador, en el año 1997. En ese mismo año, el país lanza la iniciativa del Mandato por la Paz: 10 millones de voto. En 1998, la campaña presidencial entre Andrés Pastrana y Horacio Serpa, la gana Pastrana con su propuesta de paz.

## VI

En 1999, exactamente el 9 de enero, se inicia el proceso de paz en El Caguán y, en esos años, aparecen nuevas lecciones de cubrimiento del conflicto armado en Colombia. Era urgente salir a cubrir la región, pero había sólo dos canales de televisión con diez noticieros que, bien o mal, permitían una lectura diferente.

¿Pero, qué pasa en 1998? En ese año se privatiza la televisión colombiana y de doce noticieros sólo quedaron dos canales privados que absorben la pauta publicitaria de los canales públicos y quiebran esos noticieros que existían.

De esta forma, la lectura de país queda reducida a dos grandes grupos económicos que tienen dos canales de televisión: uno, Caracol, y el otro, RCN. El primero perteneciente al grupo Santodomingo, y el segundo, al grupo industrial Carlos Ardila Lulle. Uno de esos grupos industriales, en ese momento, tenía aviones, puentes, financiaba campañas y en la noche hacía noticias. Lo mismo con el otro; exportaba azúcar, gaseosas y en la noche hacía noticias. La visión de país quedó con una lectura de país diverso, plural, en conflicto y en vez de ser amplia quedó reducida a una mirada estrecha.

Si analizáramos la continuidad de los noticieros, podremos darnos cuenta que es la misma, no hay diferencia. ¿Por qué un relato de país es tan diferente en Noticias uno, un

fin de semana, al que hace Caracol y RCN a lo largo de la semana, con todo el dinero, poder, infraestructura y tecnología de estos últimos? Dejo esto como interrogante para que lo reflexionen.

Iniciando el siglo XXI aparece una herramienta tecnológica determinante en ese año para el cubrimiento de la televisión: el satélite; de tal manera que usted podía salir al aire desde cualquier rincón de la geografía colombiana. Entonces, ese aparato empezó a visibilizar de alguna manera a las comunidades, la pobreza y la riqueza de estas, la catástrofe. Sin embargo, yo siempre he dicho que había satélite para unas masacres y para otras no.

En pleno proceso de paz surgen otras reflexiones de conflicto. Primera reflexión: ¿Cómo dimensiona el periodismo de una nación el cubrimiento de un proceso que puede determinar el futuro de las próximas generaciones de colombianos? ¿Cómo dimensionas si te dicen que la noticia o cubrimiento a enfrentar le puede cambiar el futuro a las próximas generaciones de colombianos? ¿Cómo la cubres? ¿Le das más minutos en el noticiero? ¿Destaco y formo a los mejores



**La comunicación**  
es un bien público,  
no patrimonio económico ni  
menos moral de  
empresas particulares



periodistas o la cubro como he cubierto cualquier tragedia, cualquier noticia?

En 1999 el cubrimiento de ese proceso de paz en El Caguán fue un cubrimiento errático. Y a propósito de eso, traigo a colación una anécdota: yo recuerdo haber estado en un momento crucial de ese proceso, cuando se firma la primera agenda, “El acuerdo de Los Pozos”, y recuerdo que llamo al noticiero, era el primer gran acuerdo, la primera construcción de agenda entre dos bandos enfrentados por años con muertos por lado y lado, y por primera vez llegaban a un acuerdo de 40 puntos exagerados, pero llegaban a un acuerdo. Explicado esto, la respuesta es, bueno, tiene un minuto. Sólo me dieron ese tiempo para explicar un acuerdo.

Eso no fue responsable y los medios de comunicación estábamos muy lejos de la responsabilidad que teníamos para el cubrimiento del proceso de paz en El Caguán. De ahí para adelante fue un cubrimiento anecdótico, sin análisis, se cometieron errores, en fin.

Al final, sabemos que este proceso se rompe, frustrándose esa posibilidad de paz en Colombia. En ese momento, el país sintió que lo habían engañado y que la opción era la militar. Es por eso que se vota en el año 2002 por una opción más fuerte que la que representaba el ex presidente Álvaro Uribe.

## VII

Y justo aquí, traigo a colación una charla que tuvimos gracias a la FNPI, que nos convocaron a una beca en Ciudad de México en el año 2001, y en el que nuestros maestros fueron: Kapuscinski, periodista que para nosotros que hemos cubierto el conflicto, es el gran maestro; el maestro Gabriel García Már-

quez, y Carlos Monsiváis. Recuerdo que fueron 15 días.

Cuando de elementos para el cubrimiento del conflicto se trata, yo simplemente replico lo que nos decía Kapuscinski y que lo reafirma uno cada día en el terreno de la guerra, del cubrimiento de la confrontación, en el terrero de escuchar el dolor de las víctimas.

Primero, para ser buen periodista en esta materia o en general, tienes que ser buen ser humano; pero, de cara al conflicto, tienes que ser un periodista que se tome el trabajo de escuchar a las víctimas; escuchar a las víctimas no es escuchar a un empresario, o a un líder de opinión; es ir a una región en Colombia y primero que todo, sentarse a escuchar. No es procurar y esperar que esa víctima nos cuente lo que nosotros quisimos creer desde la sala de redacción o lo que nos gustaría que dijeran, porque quizá a las víctimas no les interesa eso, a ellas lo que les interesa es que nos tomemos el tiempo para escucharlas, y eso va ligado con el respeto.

Cuando vas a una zona de conflicto y llega el periodista, la gran mayoría de las veces somos terriblemente arrogantes y creemos que porque tenemos un chaleco y una cámara toda la gente nos tiene que hablar.

Pero en este país de víctimas humildes, pobres, que nunca han tenido nada y siempre les han querido quitar todo, lo que la gente espera ante todo es que las escuchen, que se tomen el cafecito, que les reciban sopita y, después, nosotros determinemos si realmente lo que veíamos desde las salas de redacción era lo importante o no, quizá después de esa conversación nos empecemos a dar cuenta que lo realmente importante de esa comunidad no fue la masacre sino el pro-

“

**La comunicación es un bien público, no patrimonio económico ni menos moral de empresas particulares**

”

ceso de resistencia que se inicia a partir de ese momento.

El papel más importante que puede tener el periodista en ese instante es convertir las víctimas en sujetos de derecho; es decir, apartarlas y apartarse del relato común de que la víctima para salir en televisión tiene que estar llorando, debe tener el barro encima, la casa derrumbada por la tragedia climática, o la sangre, o el dolor porque acababan de asesinar a su familia.

Apartarnos todo eso y convertir a esas víctimas en sujetos de derecho, es decir, son personas que sufren, pero también, personas que desde su dolor están diciéndole al país que necesitan memoria, justicia, reparación, y que a pesar del dolor hay una propuesta de país; en fin, que quieren que la escuchen a través de los micrófonos y de las cámaras.

Kapuscinski nos decía que hay que ser un buen ser humano para ser un buen periodista. Y desde mi apreciación pienso que, de cara al conflicto, lo primero es escuchar con respeto a las víctimas. Para hacer eso, no los pueden mandar y

decir que se vayan en la mañana y regresen en la noche, no, se necesita tiempo para estar con las comunidades, para comer lo que ellos comen, para dormir donde duerme la comunidad, para transportarse en lo que ellos se transportan.

Sólo así entenderán ustedes y se pondrán por un minuto en los zapatos de las comunidades más humildes. Para no llegar y decir en una sala de redacción -como me pasó en alguna oportunidad-: “A esos desplazados, mi mamá les ofreció que fueran el servicio de la casa y es que no quieren porque son perezosos”. No, esos desplazados tenían una casa, su comida, tenían su techo, tenían una vida digna. Si no entendemos eso, será complicado para un periodista generar relatos y frentes de conflicto.

Kapuscinski, además, nos decía que debemos tener una fortaleza física y psicológica en el cubrimiento del conflicto. Y esto uno lo comprueba todos los días. ¿Por qué física? porque una cosa es recorrer este país que tiene andes, costas, valles, o sea, el país del turismo; y otra cosa es recorrer la geografía de la guerra, donde son días en mula, en bote, en lanchas para atravesar el Atrato, el Patía y llegar a las zonas de narcotráfico. Días donde es costoso el cubrimiento del conflicto. Llegar a las tierras de coca y encontrarse con los campesinos, ahí es cuando uno empieza a diferenciar las categorías para los que de manera ligera, van juzgando a la gente.

El periodista tiene que ir hasta allá para darse cuenta cómo están viviendo, y si hubieran sido más los periodistas que hacen ese trabajo, seguramente el diagnóstico de una enferma que se llama Colombia hoy sería distinto y hace rato estaríamos más cerca de que esta opinión pública que hoy tenemos, tuviera todos los elementos para



hacer un juicio diferente de lo que le pasa en esta Nación.

Necesitas una fortaleza física para viajar, para meterse a los rincones del país, para tomar lanchas, para tomar el bus, para subirse a cuanto aparato vuela. Y una fortaleza psicológica para cuando estés frente a 27 campesinos asesinados por un frente de las Farc. No te derrumbes en las lágrimas porque así no vas a construir el relato de las víctimas.

Cuando estés frente a varios jóvenes reclutados por el paramilitarismo y te digan que a ellos los obligaban a comerse a sus víctimas, no te derrumbes porque tú necesitas sacar ese relato adelante para que lo conozca la opinión pública.

A esa fortaleza psicológica se refería Kapuscinski; y se refería a que los presentes en ese encuentro y los futuros periodistas son la voz de lo que no tienen voz. Por ello hay que acostumbrarse a ser la voz de los humildes, de los pobres que son por centurias, los que nunca tienen voz. El poder siempre tiene voz; los humildes y la pobreza nunca la tienen. Y en este momento de la historia del país, las víctimas nos están reclamando al periodismo, a los medios independientes y a los medios públicos, que seamos su voz.

Esas eran las lecciones de Kapuscinski, lecciones aprendidas en el cubrimiento de muchos conflictos, de muchas guerras: en África, en Centroamérica, en fin. Y nosotros aquí en Colombia estamos diciendo una vez más: hay que recorrer esta región y hay que visibilizar a las víctimas, no como las pretendieron visibilizar durante las últimas décadas, como fantasmas, así como los muestran en la televisión, una mancha negra con una voz de ultratumba porque hay que proteger la identidad y porque hay que distorsionar las voces para que no las identifiquen.

Eso fue generando un relato en el país de que estas víctimas eran fantasmas, no tenían rostros y tampoco dolor porque no las veíamos llorar, no las veíamos en su sufrimiento o algunas veces, exageradamente, desde el sufrimiento que generaba el relato contrario, el relato de la lástima que también le ha hecho mucho daño.

## VIII

Estábamos en el año 2002 y en Colombia se opta por una opción política a favor de la mano dura, es decir, a favor de la guerra. Se elige como presidente electo a Álvaro Uribe, quien le anunció al país que la opción era la guerra. Y cuando suenan los clarines, las trompetas y tambores anunciando la guerra, el periodista se prepara para ir al lugar del combate.

La historia nos ha enseñado, que en países con confrontaciones internas, las principales víctimas son los civiles. La historia nos acaba de decir en el informe "Basta ya", que en estas tres y cuatro décadas de confrontación, más de 220 mil han sido las víctimas civiles, mucho mayor que los actores o uniformados del conflicto.

Entonces, en ese año del 2002, el periodismo, en lugar de prepararse para ir a las zonas de conflicto y cubrir a esas víctimas, se plegó a la política de seguridad democrática. Desde la presidencia se dijo que quien no estuviera con la seguridad democrática era un traidor a la patria, y que los periodistas que no comulgaran, es decir, que no se limitaran a pasar los boletines oficiales de la seguridad democrática, eran aliados del terrorismo; además, que esos periodistas que nos atrevíamos a entrar a las zonas de conflicto a cubrir a las víctimas, entrábamos como periodistas y salíamos como terroristas por el señalamiento y la estigmatización

desde la presidencia de la república.

Eso es sólo un poco, por no profundizar en otras cuestiones como lo hecho por el DAS, que procuró sistemáticamente a la oposición política y a los defensores de los derechos humanos, estigmatizarlos y colocarnos como aliados del terrorismo.

Durante esos años de la seguridad democrática, el periodismo perdió vida. El no ir a las zonas de conflicto o en guerra en cualquier parte del mundo, significa no visibilizar a las víctimas. Conectar con la impunidad, es conectar con los victimarios.

Y durante los 8 años de ese gobierno se procuró que el periodismo no fuera a esas zonas porque había un relato que le vendieron a la población colombiana: en el país no hay conflicto armado. Tenían, entonces, que obligar, estigmatizar y presionar a los periodistas para que nada de ese conflicto apareciera en las pantallas y en las cuartillas de los diarios, o que fuera algo previamente concebido desde la Presidencia de la República.

Seguramente muchos no estarán de acuerdo conmigo, lo cual es válido. Sin embargo, yo pongo un ejemplo: a final de ese Gobierno, lamentablemente, se descubrió que en el país se habían cometido 3 mil falsos positivos; 3 mil ciudadanos, la mayoría de ellos jóvenes, asesinados por sectores corruptos de las fuerzas armadas.

Si el periodismo hubiera estado en esas regiones, seguramente hubiera levantado esas bolsas de lona y nos habríamos enterado lo que nos costó hoy: ocho años para darnos cuenta que esos jóvenes que nos estaban presentando como terroristas o guerrilleros eran en algunos casos, el bobo del pueblo que andaba por ahí; pero, como



había que presentar un positivo en la confrontación, fue asesinado y presentado como terrorista.

## IX

Llegamos al Gobierno Santos, al momento actual y es aquí donde surgen nuevas reflexiones, importantes para la manera de hacer periodismo y para los medios de comunicación.

Vuelvo y les hago la misma pregunta que nos hacíamos el 9 de enero de 1998. Hoy estamos cubriendo un proceso que nos va a determinar el futuro de nuestros hijos y las próximas generaciones de colombianos, ¿cómo lo vamos a cubrir? ¿Estamos cumpliendo? El 18 de noviembre se cumple un año de las negociaciones. Por primera vez, en los diferentes procesos de paz que se han llevado a cabo en el país, hay dos acuerdos de cinco de la agenda, faltan tres. Estamos más cerca que nunca, ¿cómo lo estamos cubriendo? ¿Le estamos dando todos los puntos de análisis? ¿Estamos dando todo el contexto?

Surge así, un primer elemento para el debate. Si ustedes han tenido la oportunidad de ver el cubrimiento, las ruedas de negociación tienen varios elementos al final, se hace una rueda de prensa donde hablan los delegados del Gobierno y donde hablan los delegados de la guerrilla.

En la televisión comercial se emite cuando hablan los delegados del Gobierno, y en el momento de hablar los delegados de la guerrilla, cortan la señal. ¿Será eso sano? ¿Ganaremos en elementos, en opinión? ¿La opinión pública se formará realmente una idea de lo que está pasando cuando se hace ese tipo de ejercicios? ¿Es ejercicio del periodista vetar una opinión por muy diferente que

sea de la nuestra en el marco de un proceso de negociación? ¿Será eso sano para la opinión pública?

¿Dónde está la televisión pública de este país? ¿Si sabemos que la televisión privada obedece al lucro y ve al televidente como un consumidor mientras que la televisión pública obedece y debe ver a la sociedad como su interlocutora? ¿Dónde está la televisión pública en el proceso de cubrimiento del proceso de paz?

En mi condición de gerente de un canal público creo que la televisión pública tiene que estar cubriendo el proceso; sin embargo, nos señalaron, nos atacaron porque Canal Capital había ido a hacer una entrevista a La Habana con los voceros de las Farc; pero quiero sepan que lo vamos a seguir haciendo.

La televisión pública, por lo menos el Canal Capital, no se autocensura de uno de los procesos más importantes de nuestra historia. Si el autocensurarnos es darle elementos a la opinión pública sobre lo que va a regir su destino, estamos en nada; y ese no va a ser el ejercicio de la televisión pública de Bogotá, que está cubriendo el proceso con análisis y debate.

Le hacemos la propuesta al país que después de cada acuerdo, la televisión pública se encadene con los mejores analistas, con las víctimas de la Farc, con personas que representen al Gobierno para analizar el acuerdo. Ese debe ser el ejercicio de la televisión pública, no puede ser el negarnos y autocensurar a la gente o vetar las opiniones, porque justamente es eso lo que nos ha mantenido en 50 años de violencia, por no querer escuchar otras opiniones, por vetarlas y desconocer puntos de vista diferentes que hacen parte de la construcción de esta nación.

Entonces, hoy cuando el decano, el rector de esta universidad, dice

que hay que estar con las víctimas, yo les propongo meterme en el debate de cuál es el papel de los medios de comunicaciones en este momento del país en que se discute en el segundo punto de los acuerdos de La Habana: el papel de los medios de comunicación para garantizar la construcción política en Colombia.

¿Dónde han estado los medios de comunicación? ¿Será que este país puede ser más democrático todos los días, cuando los tres medios más importantes de comunicación del país pertenecen a los tres hombres más ricos de Colombia?

¿Si de esta manera no surgen unos intereses de conflictos graves para la salud de la democracia en Colombia? ¿Si ese monopolio de medios puede garantizarle el acceso a las más diversas opiniones de este país? ¿Si puede garantizarle el acceso a las víctimas: a las comunidades, a los negros, a los indígenas, a los líderes sociales? ¿A otros relatos de país?

Esa es la discusión hoy, y en esa discusión los que van a ser los nuevos empresarios de los medios, los periodistas, los nuevos redactores, se tienen que preguntar su papel de cara a los procesos que, reitero, van a determinar su futuro, el de sus hijos y el de las próximas generaciones de colombianos.

La Academia no puede estar ausente de esta discusión.

\*Hollman Morris se desempeña como director del Canal Capital. Ha sido reconocido por su trabajo dirigido hacia la protección de los Derechos Humanos. Además, su compromiso guiado hacia el tratamiento equilibrado de la información en medio de situaciones de conflicto y la defensa de la libertad de prensa. Morris trabajó en el diario El Espectador. Publicó su primer libro llamado "Operación Ballena Azul".